

San Sebastián '2009

Y CON ÉL LLEGARON SUS BASTARDOS...

IGOR BARRENETXEA MARAÑÓN

Enviado especial

Todo festival de cine que se precie tiene que traer a sus estrellas. Y, por supuesto, también nos referimos a directores que con sus obras, gracias a su *tirón mediático*, conforman una parte significativa del escaparate publicitario. Tanto es así que, como señalaba, el director del Festival de San Sebastián, Mikel Olaciregui, todos ellos son necesarios.

La 57ª edición del Festival Internacional de Cine de Donostia-San Sebastián se ha venido a caracterizar por el impacto que tuvo la llegada del estridente director norteamericano Quentin Tarantino en su jornada inaugural. Si bien, aunque su presencia ha tenido un buen seguimiento, no es lo que más ha destacado en la presente edición.

En la Sección Oficial han brillado con luz propia algunas películas, en especial *El secreto de sus ojos* de Campanella, que se ha ido de vacío, la conmovedora película *City of life and Death / Ciudad de vida y muerte* de Lu Chuan, o la francesa *El refugio*, Premio Especial del Jurado, con una muestra siempre sugerente de cine nacional e internacional que ha destacado, un año más, por su variada temática y por las siempre interesantes secciones paralelas de Zabaltegui, con la sección perlas o nuevos directores, Horizontes Latinos, Made Spain, Cine en Construcción, así como cine para los más jóvenes, en el Velódromo, o a retrospectivas, que este año ha sido para Richard Brooks o para el Novísimo Cine Francés. Cabría una mención especial a una sección nueva creada para promocionar el cine vasco como es Panorama de Cine Vasco, de la que Imanol Uribe recibió un premio a su dilatada carrera cinematográfica.

Este año una parte del atractivo, como ya hemos comentado, ha venido refrendado por la presentación del último filme de Tarantino, *Malditos bastardos*. Y en el hecho de haber venido acompañado por Brad Pitt, lo que ha supuesto que captase el interés de los medios (aunque no sea lo más relevante de la cita donostiarra) y, cómo no, del público más joven. En la rueda de prensa se que celebró en la media tarde del viernes en el Kursaal, a pesar de no ser un filme de la Sección Oficial, no cabía un alfiler. No se abrió el festival con este filme pero no pudo ser más llamativa su presentación. Sea o no esta la razón del efecto llamada, se habían quedado sin localidades todos los pases, y el filme de Tarantino no dejó indiferente a nadie.

Malditos bastardos cuenta las vicisitudes de un comando judío tras las líneas alemanas en la Francia ocupada durante la Segunda Guerra Mundial. Describir el filme así es la única manera de simplificar un alarde de estilo tarantiniano, donde la acción no se entiende como el característico cine bélico con enfrentamientos trufados de tiros. Los disparos, que los hay, pero no tantos como pudiera pensarse, son un ornamento más, al igual que la violencia que, en esta ocasión, es más lírica que representativa del mundo que conocemos de otros trabajos suyos.

El filme es un relato verbal que tiene más de impostura que de pieza original y ahí radica su propia esencia. No es nada de lo que hemos visto antes y, sin embargo, Tarantino bebe de todas esas fuentes cinematográficas creando su propia farsa belicosa. La actuación de Pitt es anecdótica, forzada y teatral, aunque tiene una escena hilarante al final de la trama. Porque el

verdadero conductor, o farsante, es el coronel de las SS, Landa, un actor que sobreactúa en ese juego de realidades veladas a las que nos vamos acostumbrando a lo largo del metraje. Sin duda, la elección del filme para ser presentado no puede ser más curioso respecto al resto de registros fílmicos que nos encontramos en las demás secciones.

Si bien, no deja de ser verdad que la riqueza de los festivales no reside en valorar sólo un tipo de cine sino en destapar el tarro de las esencias cinematográficas: la seducción de su arte y la espectacularidad (y este año parece haberse ganado este segundo).

En contraste con el filme de Tarantino, por ejemplo, se puede citar el filme de Woody Allen, *Si la cosa funciona*, también presentada fuera de concurso (en la sección Perlas). No puede haber dos estilos más distintos y, a su vez, en ambos directores confluye el efecto verbal como una parte integral de sus discursos. Si Tarantino tiene unos diálogos inequívocamente banales, en su apariencia, en Allen se hallan esos elementos intelectuales que, en este caso, exploran la veta más corrosiva y existencial del director neoyorquino. No hemos de olvidar que ese regreso a su registro más filosófico viene de la mano de ser un guión rescatado del fondo de un cajón, nada que ver con las comedias más sosegadas de los últimos años.

El humor de Allen que llenó la sala de carcajadas en el pase de prensa, no tiene nada que ver con el de Tarantino y, aún así, en ese tamiz nos encontramos con el mismo efecto de reconocer el genio (o la genialidad creativa) donde se halla. No hay duda de que el Festival comenzaba con la impostura de presentar dos filmes americanos, si bien, sólo fue un mecanismo de enganche. A partir de este momento, podemos pasar a tratar los filmes de la Sección Oficial que tuvieron un poco de todo.

La primera película en cartel de la programación oficial fue para el filme *Chloe* del reputado director de origen armenio Atom Egoyan. La trama apoyada en un conjunto de infelidades de la pareja protagonista (Julianne Moore y Liam Neeson), no deja de ser un filme bien orquestado pero un tanto decepcionante que quedó, rápidamente, absorbido por la presentación del filme de Tarantino y su posterior rueda de prensa.

En cuanto a la propuesta española de Fernando Trueba, *El baile de la victoria*, dentro de la Sección Oficial pero fuera de concurso, y recientemente candidata para ser seleccionada para la carrera por los Oscar, se podría afirmar que es un drama con aires poéticos. Aunque dispone de buenos elementos, en su base literaria, y se podría destacar la buena actuación de los dos jóvenes protagonistas, es una película irregular que no levantó pasiones ni despeja esas dudas sobre la blandura del cine de Trueba. El telón de fondo de describir el Chile tras Pinochet, una realidad que afecta a los personajes principales (el caso de Darín es evidente, ya que es amnistiado por ello), apenas si influye en la historia en un subtexto que podría haber enriquecido el argumento. Si bien, es un telón de fondo del que apenas se ocupa.

El hecho de que Darín, también, estuviera presente en el Festival con otro buen trabajo en el filme de Juan José Campanella, que comentaremos más adelante, le colocaba en las quinielas del Premio al mejor actor, pero no tuvo suerte en esta ocasión.

El filme de Trueba se teje al abrigo de dos historias, la relación de Abel, un joven soñador que se enamora de una huérfana, pero que busca la ayuda de Darín para dar el gran golpe, y la de Darín, famoso ladrón, que sólo aspira a retornar con su mujer Teresa y su hijo. Pero se encuentra con un pasado del que no puede desembarazarse. Su mujer ha rehecho su vida y su hijo Pablo es un extraño para él. La primera parte del filme describe a los personajes y los caracteriza pero sin mucha emoción. En la segunda parte, cuando los hechos se van desencadenando Abel lo apuesta todo en su relación con la joven bailarina, lo que cobra mayor fuerza y emoción. Pero Trueba no sabe dotar de mayor hondura y trascendencia a sus personajes, ahí es donde resbala, quedándose en tierra de nadie.

Por el contrario, el filme francés *Le Refuge / El refugio* de Francois Ozon, Premio Especial del Jurado, es una de esas piezas corales francesas plena de emociones y de sentimientos que llenan la pantalla sin necesidad de explicarlo todo. La imagen es capaz de expresar la complejidad de unas relaciones que parten de un hecho trágico, la muerte de Louis, hijo de una familia rica, y el embarazo de su novia, Mousse, que sobrevive a la sobredosis que mata a éste. A partir de ahí, las relaciones familiares y la rebeldía de la protagonista derivan en hablarnos de la necesidad que tenemos de huir y escapar para refugiarnos en un limbo en donde nuestras emociones no entren en conflicto (aunque eso sea imposible).

Los personajes, Mousse y el hermano homosexual del fallecido, se cobijan en una vieja casa donde se refugian momentáneamente de esa tragedia. Pero la vida no se detiene y tampoco podemos huir de ella. El filme reflexiona sobre estas constantes hasta ese punto en el que hay quienes aceptan su naturaleza y quienes no.

La elección del filme iraní para la Selección Oficial, *The White Meadows*, permite valorar otra manera de entender el cine y el mundo. Sin embargo, una cierta vaguedad acaba por infiltrarse en unas hermosas imágenes que no se alcanzan en torno a ese espejito de agua salada donde discurre la historia. Es el periplo de Rahmat que se dedica a recoger lágrimas del sufrimiento de las personas. Parte con su barca y va por ese lago salado de isla en isla hasta completar la botella. La metáfora de querer explicar que el lago cada vez se hace más salado por la cantidad de lágrimas, pecados y faltas de la gente es interesante. Pero el conjunto no acaba de incitar a sentir ese profundo Irán del que se habla apegado a sus tradiciones y a sus rituales. No hay un crescendo fílmico, no hay un clímax, sino una linealidad que convierte el fresco pictórico en una descripción más que en una narración desgarradora. Lo que en otras palabras se dice que es un cine lento, retórico y aburrido.

Pero fue, sin duda, el filme de Juan José Campanella, *El secreto de sus ojos*, el que se acogió con un dulce y entrañable interés (y recibiendo la más alta puntuación del Diario Vasco como candidata a la Concha de Oro), al fundir estilo y belleza en un mismo texto visual. Campanella, que no es un director desconocido, contando con el clamor de filmes como *El hijo de la novia* o *Luna de Avellaneda*, reúne a los protagonistas de *El mismo amor, la misma lluvia*, Ricardo Darín y Soledad Villamil en una película al estilo del cine negro que concita todos esos ingredientes de la magia cinematográfica: romanticismo a la vieja usanza, en el juego de las miradas de la pareja protagonista; la trama policial y judicial en la que se ven inmersos, la nostalgia en ese buceo que se hace del pasado; y un crimen sin resolver que se aclara con el paso de los años. Cabría poner la única pega al filme, en su construcción y reconstrucción del ayer, en afrontar un epílogo demasiado largo y explícito. En ocasiones, la insinuación es más sensible en esos claroscuros de la historia. Si bien, los acordes musicales, su gramática visual y el elenco de actores crean un poema hermoso con un encanto que va más allá de la pantalla, como melancólica trama en la que las miradas, como defiende el propio director, siempre son tan importantes y que trascienden a la propia pantalla. Por eso causó sorpresa que no recibiera ni un solo galardón y que se fuera con las manos vacías.

Otra de las películas de la Sección Oficial destacadas podría ser *This is love* de Mathias Glasner. No es un filme redondo y se enreda en algunos tramos del filme, pero la áspera película alemana nos lleva por los entresijos de las emociones desde un ángulo muy inusual. El filme parte, en apariencia, de una mujer que es comisaria de policía y que ha sido abandonada por su marido, no sabemos por qué. Su vida se estanca y se dedica a beber para olvidar su tristeza. Pero una noche un joven estrella su coche conscientemente contra un camión y del accidente sale herido. A partir de ahí, se trata de desvelar qué ha sucedido con la niña que se sabe estaba con él. El relato se desgrana componiéndose de adelante atrás, en diversos *flash back*. La trama bascula. Lo que nos interesa es la historia del joven alemán. Ostenta un alto grado de conciencia social y su labor reside en comprar a niñas que son explotadas por proxenetas en Vietnam y venderlas a unos padres adoptivos que las salven de la esclavitud sexual.

En este caso, se trae consigo a una niña de doce años. Sin embargo, bajo esta temática social se esconde otra más personal e introspectiva, en la que prevalece el desamor, la amargura y, ante todo, la tosquedad e inmadurez de las personas. El filme es un duro y sórdido retrato de las emociones humanas, descrito con un lenguaje visual realista y directo, que tiene, como aspecto meritorio, secuencias brillantes y una ejecución arriesgada.

Si el filme francés *El refugio* mereció un calurosa acogida, no ocurrió lo mismo con *Making Plans for Lena* de Christophe Honoré que resulta decepcionante. Lena es una mujer de mediana edad, con dos hijos, que recientemente se ha separado de su marido. Visita a sus padres en una casa que tienen en la Provenza pero las relaciones con sus hermanas y su madre no son nada buenas. A partir de ahí, Lena se nos presenta como una mujer indecisa, que no sabe lo que quiere ni lo que siente. Encarna una falsa rebeldía que no es más que una desorientación en la vida. Pero todo eso viene teñido por tensiones y peroratas que no derivan en nada. Ni los personajes resultan atractivos ni el modo de abordar sus relaciones interesan, por lo que el filme se pierde en un marasmo de secuencias que no van a ninguna parte.

¿Qué es lo que pretende Lena? A la media hora nos deja de interesar y ese mundo familiar nos resulta pedante y lejano. ¿Son siempre así de complicados los franceses? Esa es la única pregunta que nos podemos hacer una vez se encienden las luces de la sala.

En la misma línea frustrante le sigue la propuesta del director y guionista francés Burno Dumont con *Hadewijch*. La protagonista es una joven que desea conocer el misterio de Dios y que pasa del cristianismo al Islam gracias a la influencia de dos chicos que conoce. Sin embargo, la espiritual búsqueda acaba por perderse, y perder al espectador en ella, en la vacuidad del vacío, sin sentir nada de lo que el director pretende transmitirnos.

Finalmente, se presentaba la vencedora de este año, superproducción china *City of life and death* de Lu Chuan, rodada en blanco y negro. Es un sobrecogedor retrato de la ocupación de Nanjing, entonces capital de China, por parte de las tropas japoneses. El filme desprende un halo poética en un drama en el que la lección e historia es tan importante como el factor estético, humano y vital, que no olvida situar el punto de vista nipón. Cabría destacarse un sinnúmero de escenas llenas de hondura dramática, si bien, la más llamativa resulta cuando las mujeres, congregadas en una iglesia, levantan sus manos (sólo se acaba por ver las manos) para presentarse voluntarias para servir como esclavas sexuales y así permitir que el resto de los refugiados salve sus vidas. La cruda visión de cientos de cuerpos masacrados o de mujeres violadas, contrastará con la visión de unos jóvenes soldados nipones que se divierten igual que niños, desvelando su inmadurez y crueldad. Será, en ese punto crítico del filme, cuando un suboficial nipón cobre conciencia de lo que han hecho y acaba con su vida. En suma, lo que al principio es un filme descarnadamente bélico se va transfigurando en la visión de la brutalidad con la que se actúa contra la indefensa población civil (uno de los rasgos de este conflicto y de la Guerra Civil española o de la Segunda Guerra Mundial, que vendrán a continuación). Al final, hay una alegoría del deseo de vivir, compuesta en la risa del niño que sobrevive a toda esta locura, aunque nos resulte frívola tras lo que hemos acabado de ver.

Sin duda, el filme de Lu Chuan es un rara joya en la que a pesar de que se revela la actuación criminal del ejército nipón en China, se prodiga en desvelar la importancia que ha de tener la conciencia en todos nosotros para no repetir este tipo de hechos. Es una lectura de historia y cine que convergen a mi modo de ver, en una pieza de muchos quilates.

Hubo un aplauso cerrado en dos ocasiones por parte del público asistente, revelando el efecto brutal pero sugestivo y vibrante de la propuesta. Debate aparte es considerar que una superproducción como ésta (que no necesita mayores avales) reciba el máximo galardón del Festival. Pero tampoco lo merece porque, en el plano de la realidad y el arte, nunca están de más apologías sobre la defensa de la dignidad humana en estos tiempos de memoria.

Ya, por último, cabría detenerme en destacar un filme alemán. Avalada por excelentes críticas, *La cinta blanca* del realizar Michael Haneke, Palma de Oro en Cannes, es uno de los filmes más impactantes y difíciles de calificar del Festival. Optaba al Premio FIPRESCI que ganó, finalmente, *Los condenados* de Isaki Lacuesta, pero no deja de ser interesante mencionarlo. Rodado en blanco y negro, es el relato de una serie de hechos dramáticos que suceden en una localidad alemana meses antes del estallido de la Primer Guerra Mundial. Tanto el planteamiento fílmico, en un alarde de realización bien acabada, como el humano resulta soberbio. Haneke disecciona una parte de la sociedad rural alemana para ilustrarnos sobre la naturaleza humana, brutal y despiadada, desde la más tierna infancia. El título, metáfora de la inocencia y pureza de la infancia, encarna todo lo contrario, la propia hipocresía social que se acaba por revelar tan funesta como el propio comportamiento de los niños. Es un filme inquietante, a mitad entre un falso relato de terror y una metáfora sobre las causas de la guerra, al desvelarnos las iniquidades del ser humano. Si al filme de Haneke le unimos el retrato de los personajes del filme *This is love*, nos hallamos ante una sociedad alemana a la que falta toda una educación emocional, siendo testigo de una mala relación intergeneracional. Lo cual nos revela la importancia que ostenta el cine a la hora de retratar, o cómo se ve a sí misma, una sociedad en sus amargas oscuridades.

Los demás premios correspondieron a un cine de casa, como la Concha de Plata al mejor director que fue a parar a las manos de Javier Rebollo, por su labor en el filme *La mujer sin piano*, a la de mejor actriz para Lola Dueñas, por su encomiable actuación en *Yo también*, o de la sorpresiva elección como mejor actor para Pablo Pineda en el mismo filme.

El premio a la mejor fotografía fue a parar, merecidamente, a Cao Yu por su labor en *Ciudad de vida y muerte*. Y el de mejor guión recayó en la manos compartidas de Andrew Novell, Melissa Reeves, Patricia Cornelius y Cristos Tsiolkas por el filme *Blessed*. Finalmente, el Premio del Público fue para *Precious* de Lee Daniela.